



La segunda vida de Viola Wither



Stella Gibbons

Traducción del inglés a cargo de
Laura Naranjo y Carmen Torres García



IMPEDIMENTA



Título original: *Nightingale Wood*

Primera edición en Impedimenta: mayo de 2013

Nightingale Wood © Stella Gibbons, 1938

Copyright de la traducción © Laura Naranjo y Carmen Torres García, 2013

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2013

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

ISBN: 978-84-15578-02-4

Depósito Legal: M-14462-2013

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Una comedia romántica para Renée y Ruth.
«... todos los que gozan de jóvenes encantos».¹

1. *Believe Me, if All Those Endearing Young Charms* es una canción de principios del siglo XIX basada en una melodía tradicional irlandesa a la que el poeta irlandés Thomas Moore puso letra en 1808. Es muy popular en Irlanda y Norteamérica. (*Todas las notas son de las traductoras.*)

NOTA

Las palabras en el dialecto de Essex que aparecen ocasionalmente en la versión original del libro fueron extraídas de las obras *Dialect and Songs of Essex* y *Essex Speech and Humour*, de H. Cranmer-Byng.

Todos los lugares y personas son ficticios.

CAPÍTULO I

Por muy difícil que resulte hacer un jardín aburrido, el viejo señor Wither lo había logrado.

Aunque no era él quien se encargaba directamente de gestionar los jardines de su hacienda, cerca de Chesterbourne, en Essex, su falta de interés y su rechazo a invertir dinero en ellos condicionaban el trabajo de su jardinero. El resultado era un césped escaso y una rocalla de yeso con muy poca sustancia que se extendían hasta donde la vista alcanzaba, y un montón de insulsos arbustos que al señor Wither le encantaban porque hacían bulto y daban poco trabajo. También le gustaba que el jardín pareciera ordenado. Era una bonita mañana de abril y llevaba un buen rato asomado a la ventana de la sala del desayuno pensando en lo fastidiosas que eran las margaritas. Había once, justo en medio del césped. Cuando viera a Saxon debía recordar decirle que las arrancara.

La señora Wither entró, aunque él no se percató de su presencia porque ya la había visto antes esa mañana, y tomó asiento tras las tazas. Justo entonces un gong sonó en el vestíbulo. El señor Wither cruzó la habitación arrastrando los pies, se acomodó en la otra punta, como era su costumbre, y abrió el *Morning Post*. La señora Wither le

alargó una taza de té y un cuenco de cereales de paquete que olían y sabían exactamente como todos los cereales de paquete, y pasaron tres minutos. La señora Wither dio un sorbito a su té mientras su mirada sobrevolaba la calva cabeza del señor Wither, surcada por dos mechones de pelo, y se posaba en un mirlo que se pavoneaba bajo la araucaria.

El señor Wither levantó la vista despacio.

—Las niñas se retrasan.

—Ya vienen, querido.

—Se están retrasando y saben perfectamente que no me gusta que lleguen tarde a las comidas.

—Lo sé, querido, pero Madge se ha quedado dormida un poco más de la cuenta; estaba exhausta tras el partido de tenis de ayer, y Tina está...

—Arreglándose el pelo, como siempre, supongo.

El señor Wither volvió a concentrarse en el periódico y la señora Wither continuó dando sorbitos a su té con la mirada perdida.

Madge, la hija mayor de ambos, entró frotándose las manos.

—Buenos días, mamá. Siento llegar tarde, padre.

El señor Wither no respondió, y ella tomó asiento. Era una mujer grandota, ataviada con un abrigo de *tweed* y una falda, y tenía unos rasgos muy marcados, el pelo cortado a lo *garçon* y una tez saludable, aunque ciertamente insípida. Tenía treinta y nueve años.

—¿Cómo puedes comerte ese serrín, padre? —preguntó con tono jovial, mientras atacaba sus huevos con beicon. Hacía un día espléndido y no eran más de las nueve y diez; de algún modo, al comienzo de cada nuevo día siempre existía la posibilidad de que las cosas fueran diferentes. Siempre podía ocurrir algo que sembrara la felicidad a su paso.

Madge no era muy ducha en interpretar sus sentimientos con claridad; solo sabía que siempre solía estar más contenta en el desayuno que en la cena.

La señora Wither esbozó una pequeña sonrisa. El señor Wither no dijo nada.

Se oyeron unos pasos apresurados en el vestíbulo embaldosado y entonces apareció Tina, con sus párpados rosas, su pelo sin vida y

aquella onda rebelde de siempre que le cubría la frente. Era pequeña y sus ojos y su boca parecían demasiado grandes para una cara tan fina. Tenía treinta y cinco años e iba vestida con un traje verde y una blusa blanca de volantes, con los que, a todas luces, estaba encantada. Llevaba las uñas de sus pequeños dedos pintadas de color rosa pálido.

—¡Buenos días a todos! Siento el retraso...

El señor Wither descruzó sus rollizas piernas, enfundadas en unos inesperados pantalones de cuadros muy elegantes, y las volvió a cruzar sin levantar la vista. La señora Wither sonrió a su hija y murmuró:

—¡Qué guapa estás, cariño!

—¿Qué es eso? —El señor Wither se fijó de repente en Tina con sus ojos celestes, gachos y enrojecidos.

—Solo mi nuevo... Mi vestido, padre.

—Conque nuevo, ¿eh?

—Sí..., esto..., sí.

—¿Y para qué te compras más ropa? Ya tienes los armarios repletos. —Y volvió a la sección de finanzas.

—¿Beicon, Tina?

—Sí, por favor.

—¿Una o dos lonchas, cariño?

—Oh, solo una, por favor. No..., esa pequeñita. Gracias.

—Apenas comes, querida. No te va nada bien estar tan delgada —observó Madge, untando mantequilla a una tostada—. No sé por qué insistes en guardar esa estúpida dieta; parece estar al borde de tus fuerzas.

—Bueno, lo que importa es cómo te sientes, y yo lo único que sé es que me siento infinitamente mejor.

—¿*Infinitamente*? ¿Cómo puedes sentirte infinitamente mejor con lo poco que comes, pajarito? —preguntó en voz alta el señor Wither, soltando el *Morning Post* y mirando con cara muy seria a su hija menor—. El infinito es algo inconmensurable. No puede emplearse para describir un estado natural del cuerpo humano. Puedes estar mucho mejor o considerablemente mejor, o visiblemente mejor, pero no puedes estar *infinitamente* mejor, porque eso es imposible.

—Bueno, entonces —Tina retorció lentamente sus manos secas en el regazo, al tiempo que esbozaba una trémula sonrisa—, me siento *considerablemente* mejor desde que empecé la Dieta Veloz.

Su sonrisa dejó al descubierto una dentadura irregular, que, curiosamente, dulcificó su rostro y la hizo parecer algo más joven.

—En fin. Lo único que te digo es que no parece que estés mejor en absoluto —dijo Madge—. ¿A que no, padre?

Silencio. El mirlo del jardín emitió un dulce y sonoro graznido y levantó el vuelo.

—¿Vas a jugar hoy al golf, cariño? —se apresuró a preguntar por lo bajini la señora Wither a Madge.

Esta asintió. Tenía los dos mofletes llenos.

—¿Y vendrás a almorzar, querida? —continuó su madre con cierta cautela.

—Depende...

—¡Pues ya deberías saber si vas a venir a almorzar o no, Madge! —interrumpió el señor Wither, que acababa de toparse en la sección de finanzas con una de esas noticias capaces de ennegrecer más si cabe un horizonte que a él nunca le había resultado demasiado claro—. ¿Es que no puedes darle una respuesta definitiva a tu madre?

—Me temo que no, padre —respondió Madge con firmeza, limpiándose la boca con una servilleta—. Déjanos la página de deportes si has terminado, anda.

El señor Wither separó la página de deportes y se la pasó a su hija en silencio, dejando que el resto del periódico fuera cayendo al suelo.

Nadie dijo nada. El mirlo regresó a su rama.

El señor Wither parecía ahora envuelto en el negruzco y amenzante manto de la melancolía. Antes de leer aquella noticia en el periódico, se había mostrado como siempre solía hacerlo durante el desayuno, e invariablemente igual que en el almuerzo, a la hora del té y en la cena. Pero ahora (pensaron la señora Wither, Madge y Tina) padre estaba preocupado; preocupado por algo. Y supieron que el día se había echado a perder irremisiblemente.

En realidad, la principal preocupación del señor Wither era su dinero. Su difunto padre, que había sido el principal accionista de

una compañía privada de gas fundada a mediados del siglo anterior, le había dejado a su muerte una cuantiosa fortuna, que cada año le rendía unos intereses de dos mil ochocientas libras.

Mientras trabajó, el joven señor Wither, que apenas sabía una palabra sobre gas, pero que era un experto en atemorizar a la gente y así salirse con la suya, había dirigido la empresa con relativo éxito; y a la edad de sesenta y cinco años (hacía cinco, en realidad) había vendido sus acciones, había invertido las ganancias y se había retirado a disfrutar de su tiempo libre a The Eagles, cerca de Chesterbourne, Essex, donde llevaba ya viviendo treinta años.

Las inversiones del señor Wither eran todo lo seguras que pueden ser las inversiones en este mundo; pero el señor Wither no se contentaba con eso. Quería que fueran *completamente* seguras; inamoviblemente productivas, estables como una roca y tan ciertas como que al final del día llega la noche.

Sin embargo, todo cuidado era inútil; sus activos subían y bajaban, influenciados como estaban por las guerras, los nacimientos, las abdicaciones y la proliferación de los aeropuertos. Nunca podía estar seguro de qué dependería, cada día que pasaba, su tranquilidad financiera. Se despertaba en mitad de la noche, bañado en sudor, y se quedaba tumbado en la oscuridad preguntándose qué ocurriría al día siguiente, y en cuanto se sentaba en la mesa para el desayuno escudriñaba nervioso la sección de finanzas de los periódicos en busca de fatídicas noticias.

No era tacaño (o, al menos, eso solía decirse a sí mismo), simplemente odiaba despilfarrar el dinero. No soportaba que se gastara sin una razón de peso que lo avalara. El dinero no se nos daba para malgastarlo, sino para ahorrarlo.

Ahora, mientras observaba desesperado su cuenco de cereales a medio terminar, pensó en todo el dinero que, por insistencia de los demás, había desperdiciado a lo largo de su vida. ¡Cómo le había dolido tirar a la basura las cuotas de las niñas durante los diez años en que habían intentado infructuosamente estudiar una carrera! Libras y libras y más libras desperdiciadas, caídas en saco roto. Escuelas de arte y de labores del hogar, manualidades, escuelas de secretariado,

clases de elocución y cursos de periodismo, clubes caninos y talleres de costura. Actividades todas sin provecho alguno y, para colmo, carísimas. Y después de todo el dinero que se había invertido en ellas, ¿qué sabían *hacer* realmente sus hijas a fin de cuentas?

Nada. Nada en absoluto. A ojos del señor Wither, eran un par de atolondradas incapaces de hablar con propiedad, adolecían de una considerable confusión mental y apenas sabían hacer nada con las manos. Tenía la vaga impresión de que Tina y Madge, a juzgar por todo lo que se les había enseñado y por el precio que había costado su educación, deberían estar, como poco, en posesión de un conocimiento universal digno de sir Francis Bacon. Pero algo había fallado.

—¿A qué hora dices que llega el tren de Viola? —preguntó Tina a su madre; algunas veces los silencios de los Wither le parecían interminables.

—A las doce y media, querida.

—Justo a tiempo para el almuerzo.

—Sí.

—Si ya sabes perfectamente que el tren de Viola llega a las doce y media —salmodió el señor Wither, alzando los párpados para mirar a Tina—, ¿por qué le preguntas a tu madre? Hablas por hablar, un hábito estúpido. —Bajó despacio la vista y la clavó de nuevo en el pequeño cuenco de cereales, que cada vez parecían más pastosos.

—Lo había olvidado —dijo Tina. En vista del silencio, continuó animadamente—: Por cierto, ¿no *detestas* llegar a un sitio antes de las doce, Madge? Demasiado tarde para desayunar y demasiado pronto para almorzar.

Nadie abrió la boca; entonces recordó que había dicho lo mismo en la cena la noche anterior, cuando el señor Wither y Madge se habían enzarzado en una calurosa discusión sobre el horario de los trenes a propósito de la hora de llegada del tren de Viola. Notó que se iba ruborizando poco a poco y no pudo evitar volver a frotarse las manos. El desayuno estaba resultando un auténtico desastre, como de costumbre. ¿Pero qué más daba? Su nuevo traje era de lo más favorecedor y, además, Viola llegaba aquel día; eso cambiaría un poco las cosas: la presencia de Viola tal vez haría que padre dejara de preocu-

parse tanto y tan a menudo, y puede que Madge dejara de discutir con él de esa forma tan grosera. Viola no era una persona interesante en absoluto, pero estaba convencida de que la compañía de alguien, incluso la de una cuñada, era sin duda mejor que la de los parientes directos.

Después de leer un libro sobre psicología femenina titulado *Las hijas de Selene*, que una amiga de la escuela le había prestado, Tina había decidido enfrentarse a su propia naturaleza, por muy vergonzosa, negativa o espantosa que fuera (el libro advertía a sus lectores de que la verdad sobre uno mismo podía avergonzarles, espantarles o provocarles rechazo); y una de las realidades inherentes a su propia naturaleza a las que había tenido que enfrentarse era que no apreciaba en lo más mínimo a su familia.

Por no querer, no había querido ni siquiera a su único hermano, Teddy; y aquello *era* de lo más espantoso, pues Teddy había muerto hacía apenas tres meses.

Viola era su viuda. Había estado casada con él durante un año, y ahora venía a instalarse con la familia de su marido en The Eagles. Cada vez que a Tina le asaltaba la idea de que no había querido a Teddy mientras vivió, lo que peor le hacía sentir era constatar que Viola, una muchacha tan joven con multitud de pretendientes, había elegido a Teddy precisamente, y lo había amado lo suficiente como para casarse con él. «Supongo que no soy normal —tendía a pensar—. Aunque nunca supimos mucho de Teddy una vez que se hizo adulto. Jamás nos contaba nada de su vida, como hacen otros hombres con sus hermanas y sus padres. Pero eso no es excusa: no haber querido a mi único hermano me convierte, como poco, en alguien anormal.»

—¿Quieres que te lleve a la estación, madre? —se ofreció Madge, deteniéndose junto a la puerta.

—Oh, no estarás de vuelta a tiempo, querida.

—No importa; lo haré si quieres que te acerque.

A Madge le encantaba conducir, pero como el señor Wither decía que no sabía, apenas tenía la oportunidad de practicar.

—Oh, gracias, cariño, pero acabo de decírselo a Saxon. Traerá el coche sobre las doce y diez.

—Ah, está bien, si prefieres la manera de conducir de Saxon a la mía...

—No es eso, cariño. Y creo que Saxon ahora conduce bastante bien.

—Ya era hora; después de las dos amonestaciones, el nuevo guardabarros y la multa, ya puede...

Y se marchó silbando. La señora Wither se inclinó para recoger el periódico del suelo pero, como el señor Wither ya había alargado distraídamente la mano, pensó que sería mejor dejarle que se lo quedara.

—¿Y tú, Tina? ¿También vas a practicar? —le preguntó a su hija pequeña, posando la mano en su delgado hombro mientras se dirigía hacia la puerta.

—Supongo...

—Deberías salir —sentenció el señor Wither, aún absorto en su periódico pero emergiendo de su penumbra como una foca que necesita tomar aire—. Quedarte en casa con la cabeza en las nubes no va a hacerte ningún bien. —Y se sumergió de nuevo en las profundidades.

La señora Wither salió de la habitación.

Tina se dirigió entonces a la ventana y se quedó allí un instante, contemplando ensimismada las nubes blanquísimas que se entreveían tras las verduscas ramas de la araucaria. El mundo parecía tan joven aquella mañana que sintió que su piel era algo marchito en comparación; era consciente de todas y cada una de las arrugas que surcaban su cara, y que estaban allí a pesar de todas las cremas que se había puesto para camuflarlas, y de la rigidez de sus huesos; pues todo lo que ansiaba, lo único que ocupaba sus pensamientos en aquella tierra joven inundada de luz, era el Amor.

El señor Wither abandonó la estancia, cruzó el vestíbulo, con sus frías baldosas azules y negras, y se encerró en su espantoso estudio, un pequeño cuarto provisto apenas de una alfombra raída, un escritorio horrible e inmenso, una estantería repleta de libros financieros de referencia y una chimenea enorme que desprendía un calor infernal cuando se encendía, lo cual no ocurría muy a menudo.

Esa mañana, sin embargo, sí que estaba encendida. Al señor Wither le había costado bastante dar la orden; después de pensarlo detenidamente, había llegado a la conclusión de que no se podía desperdiciar el combustible, aunque para que aquel calor infernal durase al menos hasta las dos y media de la tarde hubiera que emplear una cantidad ingente de carbón.

El señor Wither tenía pensado invitar a Viola a su estudio después de almorzar y tener una pequeña charla con ella, y estaba convencido de que sería más fácil hacerlo en un ambiente caldeado. De todos es conocido que las mujeres siempre están quejándose del frío que hace en los sitios.

Le parecía bastante fastidioso que una jovencita tan estúpida como Viola pudiera permitirse el lujo de manejar su propio dinero. No es que tuviera mucho, en efecto; sumando lo que había heredado de su padre con lo de Teddy, la cantidad total no ascendería a más de... (calculó por encima el señor Wither, mientras se erguía en su ancho y viejo sillón de cuero negro y clavaba su triste mirada en el voraz fuego de la chimenea), pongamos..., ciento cincuenta libras al año. Pero esas ciento cincuenta libras al año habían de administrarse bien, y el señor Wither y su asesor financiero, el general de división E. E. Breis-Cumwitt, medalla al mérito militar, estaban mucho más capacitados que Viola para hacerlo, qué duda cabe.

Si el señor Wither hubiera podido salirse con la suya, ahora sabría cuánto dinero poseía su nuera, pero en el momento de la muerte de su hijo, las circunstancias habían conspirado para evitar que lo averiguara.

En primer lugar, Teddy siempre había sido muy reservado respecto a su patrimonio (de hecho, lo era en todos sus asuntos), hasta el punto de resultar irritante, y aunque su padre estaba más o menos al tanto de lo que ganaba, no sabía cuánto había llegado a ahorrar. Cada dos semanas o así, mientras Teddy aún vivía, el señor Wither le preguntaba, como quien no quiere la cosa, si estaba ahorrando algo, y Teddy invariablemente le contestaba con evasivas y rápidamente cambiaba de tema. De hecho, se negaba a responder cualquier pregunta directa sobre «cuánto» y sobre «qué», alegando que esas eran

cosas que le competían solo a él. No obstante, su padre suponía que algo habría ahorrado a lo largo de los años.

Después, cuando murió repentinamente a causa de una neumonía, el señor Wither, postrado a causa de un inoportuno ataque agudo de lumbago, no pudo ni siquiera asistir al funeral (que se celebró en Londres, por deseo expreso de Viola), y mucho menos indagar sobre las propiedades de su hijo para poder así hacerse cargo de ellas, como le hubiera gustado.

Sin embargo, sabía que Teddy no había hecho testamento, y eso lo intranquilizaba profundamente.

Así que decidió escribir a Viola; le escribió dos cartas bastante sinceras y extensas que versaban sobre el tema del Dinero. Como única respuesta recibió una breve nota donde Viola anunciaba, si bien en términos algo imprecisos, que pensaba quedarse una temporada en casa de Shirley, una amiga suya de la infancia, de quien no facilitó dirección alguna.

La señora Wither tuvo a bien aclarar que el apellido de Shirley era Davis y que vivía en un lugar llamado Golders Green.

El señor Wither se tomó entonces la molestia de buscar a todos los Davis en el listín telefónico de Londres, pero Golders Green estaba extrañamente lleno de Davis, así que sus pesquisas no sirvieron de nada.

Tras otra extensa carta remitida a la antigua dirección de su hijo, al menos obtuvo una breve respuesta en la que le facilitaron la dirección de los Davis. Aunque esta segunda nota siguiera sin hacer alusión al Dinero, sí que mencionaba de pasada lo difícil que le estaba resultando alquilar el piso.

El señor Wither optó, pues, por escribir una última carta, y decidió que esta vez no diría nada del Dinero, sino que instaría a su nuera a irse a vivir con ellos a The Eagles sin demora.

Era la única salida. Mientras Viola siguiese en Londres, no habría oportunidad de administrar el dinero por ella; cuantas más vueltas le daba al asunto, más de los nervios se ponía. Y el hecho de ignorar a cuánto ascendía la suma no ayudaba en lo más mínimo. ¿Y si en vez de ciento cincuenta eran trescientas al año?

Veía a Viola como una muchacha tonta, alguien del montón, pero no le disgustaba. Claro que era una pena, una auténtica pena, que antes hubiera sido dependienta, pero, después de todo, su padre era el dueño de la mitad del negocio que, aunque pequeño, era sólido, llevaba mucho tiempo funcionando y contaba con una buena clientela. ¡Menos mal! Al señor Wither le gustaba rodearse de dinero, que este conformara una sólida valla a su alrededor; le confortaba saber que hasta el primo de su primo de su primo tenía unos ahorros, por pequeños que fueran (pues, de hecho, todos los primos Wither los tenían).

No, no le importaba en absoluto que Viola fuera a vivir con ellos a The Eagles. La casa era enorme; ni siquiera se cruzaría con ella muy a menudo. Y cuando la viera, ya se encargaría de ver cómo salía del atolladero. Y luego se encargaría de administrarle el dinero de Teddy y cuidaría de que no se lo gastara ni le diera un mal uso. Para ella, de paso, también sería un bonito pasatiempo. Seguiría con interés la sensata administración de su pequeña fortuna a lo largo de los años y, poco a poco, ella también se haría más sensata y (esperaba él) más maleable.

No en vano se trataba de la típica jovencita sin carácter con la que el señor Wither siempre había esperado que Teddy se casara. Esto, sin embargo, no evitó que se llevara un gran disgusto cuando lo hizo. ¿Y cómo no estar harto del mundo cuando Madge y Tina eran unas solteras, Teddy se había casado con una dependienta y la señora Wither estaba totalmente decepcionada por la reacción de sus tres hijos ante el matrimonio?

Pero Teddy nunca había sido ambicioso en absoluto. El señor Wither le había conseguido un puesto de poca importancia pero con perspectivas en la compañía de gas cuando tenía veintidós años, y era evidente que su hijo, como buen Wither, se las arreglaría para ir escalando posiciones, no hacía falta decir hasta dónde.

No obstante, allí se había quedado, estancado durante veinte años, con un aumento de sueldo de cinco libras al año, como les ocurría automáticamente a todos los empleados que estaban por debajo de cierto nivel. Pero no era el hecho de que su hijo se contentara con aquel

trabajo de segunda en el que ganaba tan poco lo que más avergonzaba al señor Wither. Sus amigos y familiares solían decirle que el verdadero sueño de Teddy habría sido dedicarse a la arquitectura o a la pintura, o a algo relacionado con el arte; y esos sueños, que siempre lo asaltaban, lo ponían enfermo.

Estaba seguro de que sus conocidos murmuraban a sus espaldas que Teddy se merecía un sueldo mejor, y que debía mover hilos para que así fuese; pero no pensaba hacerlo, y tenía muy buenas razones. En primer lugar, Teddy no se lo merecía; nadie que hubiera desempeñado ese mismo puesto había recibido más dinero que él, y no debía mostrar favoritismo hacia su hijo; además, Teddy no lo necesitaba porque no estaba casado.

Pero cuando al fin se casó, a la edad de cuarenta y un años, dio la feliz casualidad de que el señor Wither no se encontraba ya en posición de tener potestad para subirle el sueldo, pues por entonces había vendido ya su participación en la empresa. En cambio, le concedió una asignación de ochenta libras al año, con la excusa de ayudarle un poco. Pero no había pasado ni un año desde que Teddy empezó a disfrutar de tal asignación cuando, sin previo aviso, murió, y entonces el señor Wither recuperó su dinero.

El señor Wither, con la mirada perdida en la chimenea, pensó que a algunos hombres se les veía muy afectados por la muerte de sus hijos, pero a él esas cosas no parecían afectarle demasiado. Fue un golpe; por supuesto que había sido un golpe; pero era raro que no le hubiese afectado más. Nunca se había llevado lo que se dice bien con Teddy, ni siquiera cuando era un niño. Una palabra le asaltó la mente: «nenaza». Con todo, algo habría de tener el muchacho para que una chica como Viola, una joven bastante guapa a la que seguramente le saldrían novios en todas las esquinas, lo escogiera entre todos los hombres del mundo y se casara con él.

Tampoco es que a ella le viniera mal; ella sabía perfectamente lo que más le convenía, pensó el señor Wither, que se irguió en su silla, frunció el ceño y asintió con la cabeza. Desde luego que ella sabía lo que más le convenía. Decidió que aquella tarde Viola y él tendrían una pequeña charla.

Mientras tanto, debía telefonar al general de división Breis-Cumwitt. Tenía que comentarle aquella pésima noticia que había leído en la sección de finanzas, y sobre la cual había dibujado cuidadosamente un gran círculo en tinta negra.

No es que el general de división Breis-Cumwitt pudiera hacer algo; no había poder en la Tierra capaz de detener al dinero cuando este empezaba a fluctuar de un lado a otro de ese modo, pero al menos ambos podrían debatir e intercambiar impresiones; y condolencias; y el señor Wither (a pesar del chelín y tres peniques que costaba la llamada a Londres) se sentiría mejor.

Exactamente a las doce y diez minutos, un coche apareció por la curva del camino de acceso y se detuvo delante de la casa.

El conductor había vuelto ligeramente la cabeza y solo se distinguía su perfil; un buen chófer no mira por las ventanas de los dormitorios ni escudriña la puerta principal ni parece darse cuenta de nada en absoluto, y Saxon era de lo más correcto en este sentido. The Eagles era una casa de estuco de color gris oscuro que sobresalía demasiado de los jardines en los que se asentaba y parecía cernerse sobre ellos de modo amenazante. La puerta, a la que se accedía tras escalar un buen tramo de empinados escalones, estaba rodeada de arbustos de lo más aburrido. De las ventanas de los pisos inferiores colgaban pesadas y oscuras cortinas; las de los pisos superiores estaban adornadas con esas típicas medias cortinas de tela blanca con burdas puntillas propias de una clínica de reposo que sugieren que las habitaciones son en extremo aireadas y espaciosas.

Dos águilas de yeso, no mal modeladas, coronaban las dos columnas que flanqueaban la entrada. Eran esas águilas las que daban nombre a la casa. Por alguna razón, estos pájaros ponían al señor Wither de los nervios, pero le daba miedo preguntar cuánto costaría quitarlos; además, la casa había pertenecido a su padre, y tenía la extraña sensación de que las águilas debían permanecer allí porque este así lo había querido, de modo que allí seguían.

Saxon sabía el momento exacto en que la señora Wither saldría de la casa, aunque no estuviera mirando directamente; se bajó del coche y le abrió la puerta con destreza, llevándose una mano a la gorra.

—Buenos días, Saxon. ¡Qué tiempo tan espléndido!

—Buenos días, señora. Sí, señora.

—Es estupendo que la señorita Theodore —continuó la señora Wither mientras Saxon le echaba sobre los pies una horrible y vieja mantita de pieles de a saber qué pobre animal que el señor Wither se empeñaba en seguir utilizando— venga a quedarse con nosotros en un día tan espléndido.

—Sí, señora.

La señora Wither, que en otra época adoraba conversar con los empleados, lo miró detenidamente de arriba abajo y no dijo nada. A Saxon no parecía gustarle demasiado que le dieran conversación.

El amable lector se preguntará, sin duda, por qué diantres querría alguien haberse casado con un espantajo como el señor Wither, a lo que debe responderse que la señora tenía (como suele decirse) una razón de peso: temía que no se le volviera a presentar una ocasión semejante en su vida.

Y lo cierto es que de joven el señor Wither no estaba tan mal; era atrevido y gozaba de unas maneras cuasi elegantes, como las de un pequeño bulldog. Daba órdenes a los camareros, se introducía a codazos en los cabriolés y tenía un padre rico. La señora Wither, que no tenía nada de romántica, creyó que Arthur Wither era la clase de hombre al que una joven podía confiarse, y eso había hecho: entregarse a él. Su matrimonio no podía haber sido del todo malo, pues allí estaban, con setenta y sesenta y cuatro años respectivamente, compartiendo *The Eagles*, criando a dos hijas, cultivando el recuerdo de un hijo muerto y esperando la inminente llegada de una nuera.

La señora Wither lo sentía mucho por el pobre Arthur: siempre estaba tan preocupado. No dejaba de hacerse preguntas y de afligirse por él en su ausencia y, aunque siempre disfrutaba más cuando él no estaba que cuando sí, le tenía un cierto cariño; el señor Wither, por su parte, miraba a su esposa con mejores ojos que a nadie, aunque no lo demostrara.

¡Cuántas mentiras se dicen sobre el matrimonio! Pero al menos siempre se cumple una promesa: cuando dos se casan, al final llegan a ser una sola carne.